

MIGUEL FUENTES CASTILLEJOS

Cientos seis metros



éride ediciones

1. Rubén

Desde el accidente las noches eran una mezcla entre realidad y sueño. Numerosas imágenes venían a su mente sin mucho orden. Las representaciones eran tan reales que, al despertarse, no alcanzaba a saber si aquello que había soñado eran simples quimeras o verdaderos recuerdos. Tras un duro trabajo había logrado poner en orden gran parte de su memoria pero quedaba aún mucho por archivar. Ocho años antes, aquel accidente de coche le había dejado dos semanas en coma y muchas más de rehabilitación. Por eso, a cada despertar, le seguían varios minutos de concentración, pues las noches, le traían aquellas imágenes que aún circulaban libres por su imaginario. «Ten paciencia», se decía cuando alguna de ellas no encajaba en ninguno de los capítulos de su vida.

Sin duda el sueño de esa noche estaba relacionado con el mail que la dirección le había enviado el jueves. Era la primera vez que recibía un mail tan directo en el que se le convocaba en solitario después del comité. Como cada primer lunes de mes se reunía la dirección del grupo en la sede de Madrid y ninguna de esas reuniones dejaba indiferentes a sus miembros. Rubén era el gerente de Acir Hoteles, una cadena de una treintena de hoteles sencillos pero bien situados en las grandes ciudades del país. La cadena pertenecía a un conocido *holding* financiero llamado *Hotelia* que detentaba más de cuatrocientos hoteles, muchos de ellos de renombre en el sector.

Eran las seis y media de la mañana y Rubén había vuelto a imaginar lo mismo que en las noches anteriores. Desde la inesperada convocatoria, aquella pesadilla se repetía una y otra vez sin que él pudiera hacer nada por evitarlo. En su sueño, el presidente del grupo, el señor Colón, y el director financiero, el señor Súber, le esperaban juntos frente a la mesa del despacho del primero. Los dos le miraban con aire de preocupación y, al mismo tiempo, de reproche. Sobre la mesa reposaba un enorme saco azul que desprendía un olor nauseabundo, tanto que Rubén parecía sentirlo mientras dormía. Rubén entraba sofocado a la reunión y la puerta del despacho se cerraba con un fuerte estruendo. Después, y con mucho esfuerzo, se acercaba a la mesa mientras aflojaba torpemente el nudo de su corbata. Súber le tendía la mano para saludarle pero Rubén no le respondía. Entonces, Colón, el presidente, le preguntaba:

—Dime, Rubén: ¿qué hacemos con esto?

Rubén, aturdido por la situación, se acercaba al saco y lo abría precipitadamente. Horrorizado por la visión, no podía evitar echar un paso atrás. En el saco había una persona menuda y delgada que yacía sin vida. La muerte le habría llegado, sin duda, muchos días atrás; pues, además del olor, muchos de sus tejidos presentaban un aspecto seco y ajado. El color de su piel era una mezcla de amarillo y morado, seguramente por los golpes recibidos y, la expresión de su cara, dejaba entrever la sorpresa que había dado lugar a su fallecimiento. Rubén levantaba después la cabeza para encararse con sus interlocutores y respondía algo que, una vez despierto, le aterraba aún más que la imagen de aquel pobre infeliz:

—Pero ¿por qué lo habéis traído aquí?

Claro, que Rubén los veía capaces de muchas cosas pero nada parecido a lo que su pesadilla representaba. Una vez

recuperado de aquella imagen se enfundó su mejor traje y se dirigió en coche a la sede del *holding* donde debía celebrarse el comité. Tras unos minutos y en su coche, la música lo hacía volver siempre a la realidad del trabajo. Aparcó en el estrecho parking del inmueble y subió a las oficinas de la dirección. Rosa, la secretaria de Colón, le esperaba con la carpeta del comité. Después tendría su reunión a solas con la dirección. La suerte estaba echada.